

# «Un nuevo futuro comienza»

**Alejandro Luis Arias**  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Entre los escombros es difícil distinguir si hay alguien ahí escondido, envuelto entre cartones o debajo de algunas mantas, entre el polvo. no puedo detenerme a socorrer a nadie. si escucho el quejido de algún cuerpo cuando lo piso grito perdón, y sigo. la máscara de oxígeno solo tiene contados los minutos de cobertura, y no puedo distraerme. si fallo en alguna entrega las máquinas me reemplazarían, y no pasaría mucho tiempo para que sea yo uno más de los que se sepultan debajo de los escombros.

El visor del edificio me reconoce y abre sus puertas. entrego lo que me fue encomendado y espero. recibo una vianda con las calorías perfectamente calculadas, y mientras me retiran el equipo para chequear que no lo haya estropeado, espero el próximo encargo.

las máquinas no están dispuestas a perder ningún elemento. la reposición es demasiado costosa. pero si alguno de nosotros, los humanos, sufrimos alguna cosa, no entramos en ninguna categoría de valor para las máquinas, obviamente. somos fácilmente reemplazables.

No conozco más que mi área. sé que hay otras, pero no podemos desplazarnos hacia ellas, está prohibido y se pena con un traslado.

Entre nosotros, área 92, solo dos se arriesgaron a escapar. fueron retirados. lo hicieron porque no resistieron más, y de algún modo, podría decirse que se suicidaron. eran viejos. no fueron lo suficientemente rápidos, y los atraparon. Eso, y que sus máscaras eran antiguas, con poca autonomía. es lo que oí.

Pasó hace mucho tiempo, y algunos, los que eran sus allegados, empezaron a tener sueños con ellos. Los mayores dispusieron que se usase el aparato para ver sueños, pero las imágenes, según cuentan, eran difusas, y no era posible saber si esto se habrá debido a los soñadores o que el aparato de captar los sueños cada vez funciona peor.

En los círculos nos contamos adagios. a mí me gusta uno que dice: “la culpa no es del chanco”. No sé bien qué significa, pero me gusta que no sea una acusación. es más bien una liberación de la culpa del chanco, que era un animal que se faenaba. ¿Qué culpa podría tener?, quizás transmitiera enfermedades. No lo sé. Es difícil saber algo con certeza en este mundo, salvo que todos seremos polvo.

Escuchamos los adagios de los mayores, quienes los han oído en otros tiempos. son pocos y hacen un esfuerzo enorme para enseñarnos lo que saben.

Yo estudio con todos ellos y cuando puedo y veo que hay algo en mi camino que podrían descifrar, lo traigo. Queda exhibido a partir de entonces. soy uno de los que más le contribuye, me han dicho. Ojalá fuésemos más.

En la última entrega que hice la encontré: la hoja estaba corroída pero era gruesa y por eso había resistido. Los mayores dijeron que era la tapa de un fascículo de pintura, un antiguo arte. Una mujer con los ojos muy grandes, de un pintor llamado spilimbergo.

Es hermosísima. empecé a soñar con esos ojos. me quedaba horas mirándola, y me parecía más real que muchos de nosotros, si puedo decirlo.

No sé precisar cuándo comenzó a reiterarse el sueño en donde ella me indicaba un camino, a través de los escombros, y que llevaba a un lugar donde había infinitas impresiones encuadradas, y veía, como sombras, a algunas personas en harapos, como nosotros.

lo comenté a los mayores y ellos fueron los que solicitaron el aparato de ver sueños, porque cuando un sueño se repite nosotros creemos que todos tenemos que verlo. Es otra de las posibilidades que tenemos de compartírnos algo, de saber algo más.

Lo prodigioso del aparato de ver sueños es que permite conectar al que sueña y grabar el contenido del sueño para reproducirlo luego. Cuando proyectamos uno de mis sueñosC repetitivos alguien de los mayores gritó: ¡eso es una biblioteca! y lo era, así lo afirmaron otros.

La mujer de mi sueño nos indicaba que existía una biblioteca y que la cuidaban hombres como nosotros. Alguien dijo que eso no podía quedar muy lejos, y todos sentimos algo muy extraño, una alegría insensata que nos empujaba a salir a encontrarnos con aquellos que tenían ese conocimiento a su alcance.

Naturalmente, fui designado a encontrar ese lugar. Porque el sueño era mío, porque estaba entrenado para poder resistir más tiempo afuera que el resto y porque no hubiese permitido que otro lo hiciese, arriesgándose a ser trasladado por un sueño. Tenía un sentimiento que ahora sé, **se llama intuición**.

Como también ahora sabemos por qué las máquinas impidieron que los humanos tuviésemos acceso al conocimiento. Para preservar su poder, para someternos y esclavizarnos. No son superiores. Ahora lo sabemos.

La tecnología no imagina. Por eso nunca imaginó que una biblioteca olvidada en el tiempo sería el primer foco de resistencia. “No está muerto quien pelea” es otro de los adagios que siempre me gustó.

## «Un nuevo futuro comienza»

Alejandro Luis Arias

Ciudad Autónoma de Buenos Aires .

### PRIMER PREMIO

Ganador de Categoría - Relato de Ficción

I Concurso Escritura Creativa UPE - 2022

*“Escritura, Ciencia y Creatividad para la Paz y el Desarrollo”*

